

moniciones

PARA LAS LECTURAS DE LAUDES O VISPERAS (U OFICIO DE LECTURA)

INTRODUCCION AL LIBRO DE ISAIAS

Es normal que cierta piedad litúrgica identifique Isaías con el Adviento. Ciertamente, el gran profeta de Jerusalén ocupa un lugar preeminente en la "historia de la Salvación" en la cual nos introduce la lectura de la Biblia. Durante casi tres semanas iremos leyendo fragmentos de este profeta —con un inciso de Miqueas y algunos de los libros de los Reyes— bajo esta luz más vasta: no solamente la preparación del "nacimiento" del Salvador, sino el encauzamiento de toda la Historia hacia su plenitud en Cristo.

Los textos proféticos se mueven y crean un espacio espiritual en varias dimensiones. Cada palabra puede ser escuchada a profundidad diversa y, indirectamente, puede evocar otras muchas. Sin embargo, el conjunto no puede ser inarmónico. Algunas normas aseguran la armonía de la "lectura cristiana" de los profetas. En estos libros del A.T. se aplica de manera primordial la regla de oro según la cual el N.T., en general, y la persona de Jesucristo en particular, dan la clave interpretativa de toda la Sgda. Escritura. A menudo las palabras del profeta sugieren una transposición de plano inmediato histórico, que el autor tiene ante los ojos —ciudades, pueblos, reyes— a una visión más penetrante —todo Israel, pueblo escogido— para desembocar en una comprensión propiamente "en el Espíritu", en la que la realidad descrita es la obra total de Jesucristo: la humanidad entera llamada a la Salvación y, en la medida en que responde a ella, constituida Jerusalén celestial, la Iglesia. Es preciso, sin embargo, no olvidar el cambio radical que, por la gracia de Jesucristo, se ha realizado en las relaciones entre el hombre y Dios, marcando profundamente la diferencia entre el "Antiguo" y el "Nuevo" Testamento, Jesucristo no es un profeta más en la serie de los hombres que nos han hablado en nombre de Dios. El es la misma Palabra de Dios que culmina, perfecciona y resume todo lo que Dios ha querido decirnos. La misma "distancia" que existe entre los profetas y Jesucristo, existe entre su obra y la de aquéllos. De alguna manera podemos afirmar que la Iglesia es a Israel lo que Jesucristo es a los profetas.. Así si siempre será legítimo e incluso útil hacer consideraciones de orden personal-místico aplicandose uno mismo las infidelidades de Israel, p.e. sería atrevido y teológicamente impreciso aplicarlas a la Iglesia. Por la mirada de la fe, la Iglesia es la esposa del Cordero sin mancha ni arruga, a pesar de todas las miserias de sus hijos.

La vocación profética de Isaías es típica de toda vocación profética. Enraizada en un tiempo —*el año de la muerte del rey Ozías (740)*— en plena ceremonia del Templo, la llamada de Dios va precedida de su “visión” grandiosa, sobrehumana. El hombre ha de morir a consecuencia de la misma, o, lo que es lo mismo, de ella ha de salir un hombre nuevo: totalmente consagrado a su misión. Su pecado, su incapacidad radical de pronunciar las palabras que Dios le confiará, queda borrado por la elección divina. El profeta, de ahora en adelante, sólo deberá permanecer disponible: *Héme aquí, envíame.*

Toda la Iglesia *ha visto la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad* y, purificada por el fuego del Espíritu, es enviada al corazón del pueblo para proclamar la palabra de Dios y vivir de ella

LUNES XXV SEMANA

Is 3, 1-15

El estado se ha hundido el país sufre hambre, los dirigentes han sido desterrados, el rey es un niño (Acáz), el reino de Judá está en plena anarquía y el pueblo sufre por todo ello. Pero Yahvé está presente para señalar a los culpables: los ancianos y los príncipes. Ellos debían ser los guías y, en cambio, han borrado los caminos trazados por Dios, que el pueblo seguía.

MARTES XXV SEMANA

Is 5, 8-13. 17-24

La codicia de los propietarios no tiene parangón para acaparar la tierra de Dios y de los pobres; las injusticias se multiplican. Se ha pervertido el sentido moral. El derecho y las conciencias se han falseado; la provocación llega hasta el mismo Dios. Pero Dios es santo, no se puede resignar a la afrenta de la injusticia y del orgullo.

MIÉRCOLES XXV SEMANA

Is 7, 1-17

Dios ha suscitado a los reyes del norte para castigar Jerusalén. La tentación consiste en ponerse bajo la protección de Asiria, incluso al precio de la independencia. Pero Judá sólo ha de poner su confianza en Dios; ésta es la misión difícil del profeta. Acáz no quiere ningún signo, por temor a que sea demasiado evidente. Yahvé, sin embargo, le dará uno y, por cierto, muy misterioso *la joven está encinta y dará a luz un hijo: Emmanuel!*. El amor de Dios para con su pueblo —el amor de Dios por el mundo— es el primero. *El nos amó primero.* Y, a pesar de la ceguera del mundo, Yahvé se hará *Dios con nosotros* por obra del Espíritu en el seno de la Virgen María, y la salvación será ofrecida a manos llenas a todos los que le “recibirán”.

El orgullo de Judá rehusa la salvación de Yahvé. La "palabra" que Dios ha hecho descender sobre Israel, no es escuchada. Pero el "pequeño rebaño" ha permanecido fiel a Dios y, por él, Yahvé se acordará de su amor y renovará los prodigios del Exodo. Juan, el visionario de Patmos, contemplará la Jerusalén de los últimos tiempos en la que el anuncio encontrará su plenitud.

Rehusar el amor de Dios es algo terrible. El será *una corona de gloria y una diadema de hermosura* para los pequeños que le acogerán, pero *ninguna astucia humana* salvará a los que se burlen de él. Yahvé establecerá una piedra angular fuera de la cual no habrá salvación. O se construirá sobre ella, o ella les aplastará.

Ahora és Miqueas quien toma la palabra al unísono con Isaías. Ninguno de los que rehusarán la salvación que Dios le ofrece, escapará de su ira. El profeta es incómodo. Uno desearía que hablase de otra forma, que dijese cosas menos terribles. Sólo un cambio de conducta del pueblo puede hacer cambiar el tono de la profecía.

El silencio de Dios es el más terrible de los castigos que puedan abatirse sobre Israel —y sobre el hombre a quien se ha dirigido una vez la palabra de Dios—. Dios se oculta, no responde, ciertamente cuando *se aborrece el bien y se ama el mal*, pero la situación es más deplorable todavía para los que, por profesión, han de hablar en nombre de Dios: *serán cubiertos de vergüenza pues Dios no dará ya respuesta*.

La fiesta de los santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, interrumpiendo la lectura de los profetas, nos da ocasión de leer un fragmento del único libro profético del Nuevo Testamento: el Apocalipsis. El A.T. y de una manera especial el mismo Isaías, están muy presente en este capítulo del Apocalipsis. Es un modelo de "literatura cristiana —a la luz de Cristo—" de toda la Escritura. La mujer que da a luz el *hijo* es, a la vez, Israel, cier-

tamente María —que fue el instrumento humano— y la Iglesia al fin de los tiempos. Dios, para obtener la glorificación de *los hombres que tanto ha amado*, para que su plan de salvación no sea entorpecido por el Mal, se vale de todos los recursos de su omnipotencia. Los ángeles también son ministros de sus designios; por eso la Iglesia, agradecida, venera estos seres inteligentes, santos y gloriosos en la presencia de Dios, de los cuales la Biblia nos dice han tenido una intervención especial en la obra de la redención del linaje de Abraham.

MARTES: XXVI SEMANA

2R 17, 1-18

Hoy, el capítulo 17 del segundo libro de los Reyes nos relata con la frialdad de una crónica, el cumplimiento histórico de lo que habían vaticinado Isaías y Miqueas. Los asirios son el instrumento de que se vale Yahvé para castigar —al fin y al cabo con amor de Padre— a Israel que le ha sido infiel.

Aunque el Pueblo de Dios, inaugurado por Jesucristo y animado por su Espíritu, en su totalidad nunca dejará de ser fiel a Dios, cada uno de los hombres y mujeres que hemos sido llamados a formar parte del mismo podemos ser infieles a nuestra vocación cristiana y reproducir en nosotros la historia del viejo Israel. El pecado del cristiano toma, pues, una nueva dimensión: es, literalmente, además de una infidelidad, una caída, una pérdida de la “dignidad cristiana” y, finalmente, una escisión, un “cisma” en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

MIÉRCOLES XXVI SEMANA

2R 17, 24-41

Yahvé es el único Dios. Nada ni nadie le puede suplantar. La adoración y el servicio de Yahvé es incompatible con otro culto cualquiera. El libro de los Reyes hoy nos hace ver como el intento de sincretismo de los recién llegados a Israel es rehusado por Dios.

Las “divinidades” que hoy intentan compartir en el corazón de los cristianos la “señoría” única de Jesucristo, *imagen del Dios invisible* para nosotros no son tan chapuceras como un Socot-Benot o un Nerguel pero son más insidiosas; pueden llamarse “ciencia”, “técnica”, “poder”, “éxito”, etc...

Teresa del Niño Jesús nos ha sido dado como modelo perfecto de nuestra respuesta total al amor celoso de Dios para con nosotros, en Jesucristo adorado en la Iglesia.

El *pequeño resto* fiel a Yahvé, en el cual siempre había confiado Isaías, se ha mantenido ardiente, como las brasas bajo el rescoldo, en Jerusalén. El santo rey Ezequías es su portavoz. No solamente hace *lo recto a los ojos de Yahvé como lo había hecho su padre David* sino que se convierte en apóstol de este bien. Después de haber purificado el templo de Jerusalén Ezequías convoca a todo Israel, Judá, Efraín y Manasés a venir al templo para celebrar una Pascua.

A pesar de todos los fallos e infidelidades, la marca —imborrable, porque Dios es fiel a la obra de Jesucristo— del Bautismo constituye, para cada cristiano, este *pequeño resto* a partir del cual siempre se puede reconstruir nuestra relación filial con el Padre. La Iglesia —como un nuevo Ezequías— invita incansablemente a sus hijos, a purificar nuestro templo interior y celebrar la Pascua de Jesucristo.

Los profetas no sólo hablan en nombre de Dios, sino que, a veces, hacen gestos insólitos, misteriosos, que también *quieren decir* una palabra que Dios dirige a los hombres. Así, estos tres años que Isaías anduvo sin túnica y sin sandalias, *desnudo*, sin decir ni una sola palabra, para manifestar la desnudez, es decir, el abandono en qué Dios dejará a aquellos que, en vez de confiar sólo en El, ponen su esperanza en las “potencias” políticas del momento; Egipto y Etiopía.

Los “signos de los tiempos” tendrían que ser también para nosotros, cristianos, gestos proféticos que nos hiciesen comprender que sólo en Jesucristo y en el escándalo de su cruz tenemos la salvación.

Otra vez el libro de los Reyes nos hace ver la actuación de Isaías. El rey Ezequías es sanado de su enfermedad por el profeta gracias a su plegaria y a las lágrimas. Dios es fiel a su palabra y a su amor a David. Además, el profeta le da consejos de conducta política: no es bueno provocar los celos de los extranjeros mostrándoles las riquezas del reino.

San Francisco de Asís hoy nos enseña la plegaria penitente que, por sí sola, es capaz de reformar la Iglesia, y cuáles son los verdaderos tesoros de los cuales nos hemos de enorgullecer los cristianos: como S. Pablo, nos dice que no nos gloriamos sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Una vez pasado el peligro —Senaquerib ha sido derrotado— la ciudad de Jerusalén exulta con alegría insensata y despreocupada. El profeta les recuerda el carísimo precio a qué ha sido pagada esta victoria pasajera —*no me importunéis con vuestros consuelos, dejadme verter amargas lágrimas por la ruina de mi pueblo.*

Sólo quien mide los acontecimientos con la mirada interior es capaz de las verdaderas alegrías y del luto sereno —*en una confianza tranquila hallaréis vuestra fuerza*—. No es hacia Egipto, potencia política que hay que levantar los ojos en busca de auxilio, sino hacia el Señor que *está a punto de apiadarse de vosotros*. Sólo serán verdaderamente felices, en la prosperidad o en el infortunio, los que únicamente confían en él.

El texto de Joel, que hoy se lee, día de témporas de petición, penitencia y acción de gracias, es un texto típico para esta celebración. Es una exhortación a la penitencia verdadera —*rasgad vuestros corazones, no vuestras vestiduras y convertíos a Yahvé*—. Y la respuesta de Dios será llenar de abundancia a su pueblo. Abundancia material, es cierto, Dios es el creador de todas las cosas y todo lo ha sometido al hombre para su bien. Es el pecado solamente, lo que invierte este orden querido por Dios. *Comeréis hasta la saciedad y alabaréis el nombre de Yahvé*. Son inseparables.

Al dar gracias a Dios por las cosechas, las vacaciones, el curso pasado, hagámoslo todo “convirtiéndonos” plenamente a El; y al pedirle los bienes que esperamos del curso que vamos a emprender, reconozcamos que todo “don perfecto” de El procede.

Ahora ya no es el profeta Isaías quien amenaza a Judá; es el mismo rey Senaquerib, y sus amenazas son insolentes. Incluso se atreve a desafiar a Yahvé y eso es ya demasiado. El silencio del pueblo, por orden expresa de Ezequías, a las bravatas de los mensajeros de Senquerib, es significativo. El silencio del hombre infiel a Dios, incluso frente a la injusticia, puede ser un reconocimiento humano de su culpabilidad y la mejor manera de atraerse la indulgencia y la benevolencia de Dios.

MIÉRCOLES XXVII SEMANA: 2R 18,37—19,35-37 (mejor aún 2R 18,37—19,1-37)

El comportamiento prudente de Ezequías y, sobre todo, su piedad que le inspira una hermosa plegaria de desagravio y súplica, provoca la magnífica respuesta de Yahvé por boca de Isaías.

Los hombres que Dios ha llamado benévolamente para formar su pueblo, testimonio misterioso de su santidad y de sus designios de salvación, podemos ser indignos de nuestra misión pero esto no autoriza al impío a ser injusto y, menos aún, blasfemo. Dios, más tarde o más temprano, nunca deja la blasfemia sin castigo.

JUEVES XXVII SEMANA

Is 37, 21-25

El libro de Isaías continúa hoy el bello oráculo de Yahvé, por boca de Isaías, respuesta a la plegaria de Ezequías: Dios se identifica con su pueblo. Cualquier insulto contra Jerusalén lo considera Yahvé como dirigido a El mismo.

En el N.T. la unión, por Jesucristo, entre Dios y su pueblo, es mucho más íntima y real. Los nuevos hijos de Abraham —no por la sangre y la carne, sino por la confesión y la adhesión a Jesucristo— son partícipes de la misma naturaleza divina, osan llamar a Dios, Padre y se saben coherederos con Cristo, no ya de una patria terrena sino de la misma vida gloriosa y eterna de Dios.

VIERNES XXVII SEMANA

2R 21,1-18.23—22,1

La lectura de hoy, del segundo libro de los Reyes, cierra esta etapa de la historia de Judá iluminada por la palabra profética de Isaías. A Ezequías *que hizo lo recto a los ojos de Yahvé* siguiendo las huellas de su antecesor David, sucede su hijo Manasés *que hizo el mal a los ojos de Yahvé*. A éste sucede su hijo Amón, peor que su padre siguiendo exactamente su camino, abandonando Yahvé, el Dios de sus padres...

Las infidelidades del pueblo de Dios son inmensas; sólo se les puede comparar la infinita paciencia de Dios. El "pequeño resto" fiel a Yahvé, semilla de un nuevo renacimiento, se ha refugiado en el corazón del "pueblo del país" que finalmente proclamará rey —contra los poderosos del reino— al piadoso rey Josías.

JOAN EVANGELISTA JARQUE

SABADO XXVII SEMANA

So 1,17.14—2,3

Hoy empezamos la lectura de la breve profecía de Sofonías, profeta que colaboró con el piadoso rey Josías —el inicio de cuyo reino nos fue presentado ayer—

en la restauración de la verdadera religiosidad, después de los desastres de la idolatría en que cayó el pueblo en tiempo del rey Manasés. Sofonías denuncia con vilencia las costumbres paganas y amenaza con un día del Señor amargo, lleno de furor y de angustia, de tinieblas. Las palabras de Sofonías las ha recordado durante muchos siglos la Liturgia de los difuntos: *Aquel día de furor, de calamidad y de miseria, día de gran amargura*.. Escuchemos esta invitación como una llamada al arrepentimiento y a la propia conversión. Los castigos del Señor se acercan para los que no quieren convertirse, pero para los que escuchan su voz tienen también el anuncio del nacimiento de un pequeño "resto" de salvados. los *humildes del país que buscan la justicia*: es el "pequeño rebaño que anunciaba Jesucristo, no pequeño ciertamente por el número —que sólo Dios conoce— sino por su humildad: que nosotros, que deseamos ser *los humildes del país* sepamos, pues, buscar de verdad, la justicia, la humildad

P. FARNES

DOMINGO XXVIII SEMANA

So 3, 8-20

La justicia de Dios es inmanente al fenómeno humano universal no, precisamente, para condenar al hombre y su mundo, sino para preparar el destello gozoso de la hora mesiánica. Una vez reconocida la amorosa justicia de Dios, el corazón y los labios del resto fiel serán capaces de dar al Señor un culto en espíritu y en verdad. La victoria del amor de Dios sobre los enemigos del hombre llenará de júbilo la vida del pueblo. La hora mesiánica será el pórtico de una fiesta eterna.

LUNES XXVIII SEMANA

Jr 1, 1-19

Da a conocer la situación histórica que enmarca la vida y misión de Jeremías. Después describe la vocación profética señalando sus características: elección, consagración, misión, ir allí donde es enviado, decir lo que le es mandado, y no tener miedo, a pesar de la dureza de su misión, porque el Señor estará con él. Así como la rama de almendro florecida es anuncio de un nuevo tiempo y la olla hirviendo está a punto de cocer lo que es preciso, así será anunciada la hora de la justicia de Dios. El Espíritu del Señor dará a Jeremías la fuerza necesaria para cumplir su misión.

MARTES XXVIII SEMANA

Jr 2, 1-13. 20-25

El autor idealiza el éxodo. La obligada austeridad del desierto, a pesar de todo, mantuvo al pueblo en una radical fidelidad al Señor. Pero ahora el pueblo ha abierto su corazón a los cultos cananeos, babilónicos, egipcios, esperando, tal vez, favorezcan su despliegamiento sociopolítico. La vida de Israel será tan vana, vacía y estéril como los mismos ídolos. La aventura les ha dejado el corazón y las manos vacíos.

MIÉRCOLES XXVIII SEMANA

Jr 3, 1-5. 19-4,4

Dios es el Amor. El hombre y el pueblo arrepentidos, siempre hallarán en él el perdón y la reconciliación. Es preciso que Israel tome conciencia, con sinceridad, de cómo ha prostituido el amor y la justicia. Entonces el Señor la tomará como heredera de su reino, entre todas las naciones.

El fragmento acaba con una nueva exhortación a la auténtica conversión de corazón; el amor de Dios no espera otra cosa para que la bendición y la gloria del Dios viviente resplandezcan nuevamente en la vida del pueblo.

JUEVES XXVIII SEMANA

Jr 4,5-8. 13-28

La voz de los profetas de todos los tiempos es siempre una llamada a contemplar a la luz de la fe nuestro propio vivir y las circunstancias sociológicas que lo rodean. No podemos ignorar el mal que nuestros propios pecados engendran en nuestra vida, acrecentando el del mundo. Y nos es preciso, también, encauzar positivamente todas las esperanzadoras posibilidades de progreso y de bien que ofrece cada momento histórico. El profeta urgirá siempre al hombre a jugar limpio y a permanecer en espíritu justo, para que, vigorizados por Dios, podamos dominar el mal y realizar el bien.

VIERNES XXVIII SEMANA

Jr 7, 1-20

La liturgia es celebración de la fe, como don de Dios y respuesta del hombre. Pero si nuestra fe no es viva, encarnada, comprometida, ¿cómo será posible celebrarla sin fingir? El amor y la justicia hacia los hermanos, constituye un criterio para su verificación. El estar sumergidos en un contexto sociológico de tradiciones, prácticas y costumbres cristianas, no nos ahorra la responsabilidad y el compromiso más personales de nuestra fe.

SABADO XXVIII SEMANA

Jr 9, 1-11. 16-21 S. Lucas: Ac 9,27-31;
11,19-26)

Al hombre de Dios se le hace imposible la convivencia con el pueblo. Con más motivo la presencia del Señor es imposible en medio de un pueblo tramposo, manipulador de lo sagrado e injusto. Las relaciones humanas son sacramento de la relación con Dios. Cuando las primeras sólo vehiculan engaño y opresión implican el rompimiento de la segunda. Separada concientemente de Dios, la vida pierde el sentido y se convierte en desolada y estéril.

DOMINGO XXIX

2R 22,8. 10—23,4. 21-23

Josías, educado desde su niñez en la fe israelita, fue un rey piadoso. Su reinado es de los pocos oasis de paz y tranquilidad que conoció la vida de Jeremías. Un hecho capital y que produjo una gran reforma religiosa fue el descubrimiento del Libro de la Ley en los cimientos del templo. El pueblo escuchó de corazón la ley del Señor y conoció una renovación global de su vida. ¿Por qué no siempre la palabra del Señor es ley para nuestro comportamiento?

Nahum, contemporáneo del piadoso Josías y de Jeremías, es un profeta de esperanzas para Israel. Si el eje de nuestro obrar fuesen el amor y la fidelidad al Señor y a los hermanos, ¡cuántos inútiles quebraderos de cabeza nos ahorraríamos! El tema central de los vaticinios de Nahum, es la destrucción de Nínive, opresora de Israel, que será destruida por las tropas medas. ¡Cuántas veces, si consiguiésemos vencer los enemigos interiores, desaparecerían también los enemigos exteriores!

Josías, librado del peligro asirio, cree que el único peligro de Israel es Egipto. Neco habla probablemente en nombre del dios-sol Ra, el primero de los dioses egipcios. Josías no cree que Dios hable a través de personas no israelitas. Nosotros sabemos que después del destello universal de la salvación, la palabra de Dios se extiende por todos los pueblos y que, sabedores del secreto designio de Dios, nos es preciso saber leer, a nivel de fe, los acontecimientos personales y sociales.

En poco tiempo Israel ha sufrido la invasión de los asirios, de los egipcios y ahora, tiene frente a sus puertas, a los caldeos. El profeta se queja al Señor: ¿por la dura cerviz del pueblo? ¿por la dureza de las pruebas?

Una vez muerto Josías reinan nuevamente la impiedad y la injusticia. De acuerdo. Pero ¿por qué la suerte favorece a los enemigos de Israel todavía más impíos? La respuesta de Dios es ésta: más allá de las vicisitudes históricas, el justo vivirá gracias a su fidelidad.

La ambición del corazón humano no tiene límites. Las ansias de expansión y dominio de las naciones, grupos ideológicos y de poder, tampoco. A menudo los hombres y los pueblos equivocamos el camino por el cual hay que desplegar nuestra grandeza. Ni la opresión ni la codicia, ni la extorsión, ni la lujuria, ningún ídolo puede llenar el corazón del hombre abierto a la grandeza de Dios.

Una vez más, Jeremías, es el profeta de las desventuras de Judá. Todavía el pueblo llora la muerte de Josías y ya puede empezar el llanto por Joacaz, exiliado por Neco de Egipto. Su hermano Joaquín, rey impuesto, se-

rá un rey impío, dictador e injusto. Esto le acarreará la desgracia a él y a su pueblo. No estamos del todo convencidos de que el cumplimiento de la voluntad del Señor proporcionará la felicidad y la esperanza a nuestro espíritu, y por eso nos lanzamos a la aventura de nuestros caprichos que nos conducen al absurdo y al vacío.

SABADO XXIX SEMANA

Jr 19,1-5. 10—20,6

El pueblo ha abandonado a Dios y ha profanado la heredad del Señor. Ya no existe comunión sino alejamiento y escisión. Rotos los vínculos del amor, de la alianza y de la justicia, el pueblo se ha atado a la esclavitud de los ídolos. Sin los lazos de su fe religiosa, sin la fuerza de Dios, la suerte del pueblo está decidida. ¿Por qué, en vez de convertirnos al Señor, que da sentido y coherencia a nuestra vida, intentamos todavía acallar la voz de la conciencia, la voz del profeta, la voz de Dios?

DOMINGO XXX

Jr 23,9-17. 21-29

Al profeta se le destroza el corazón viendo el rompimiento religioso entre el Señor y su pueblo. Éste ya no espera de la boca de los profetas la palabra del Señor que sea luz y fuerza para su vivir. Una multitud de falsos profetas especula con la palabra, halagando al pueblo y conduciéndole por caminos de injusticia. Es preciso velar constantemente por la fe y la expresión religiosa a fin de comprobar su autenticidad y evitar manipular lo sagrado.

LUNES XXX SEMANA

Jr 25,15-17. 27-38

Descripción apocalíptica del juicio de Dios sobre Israel, las naciones vecinas y toda la Humanidad. Tenemos un deber y una misión: hacer que el hombre y el mundo lleguen a su madurez. Éste tiene que ser el sentido y la tarea de cada día. Cuando la historia individual y colectiva no es esto, es una arma vuelta contra nosotros mismos, que no deja de agredirnos cruelmente. Así la bendición se convierte en castigo.

MARTES XXX SEMANA

Jr 36,1-10. 21-32. Stos. Simón y Judas:
1C 1,18—2,5

Jeremías, por manos de Baruc, escribe los oráculos del Señor para que sean proclamados en una asamblea litúrgica, y conocidos por los dignatarios y el rey. Jeremías tenía la esperanza de que la Palabra de Dios heriría el corazón del pueblo y le llevaría a la conversión. Fue inútil. No estaba preparado para escucharla, para guardarla en el corazón, para vivirla. ¿La Palabra de Dios halla en nosotros al siervo fiel que escucha, y la tierra buena en la que puede arraigar y fructificar?

Las dos cestas significan: los judíos exilados en Babilonia y los que permanecieron en Palestina o huyeron a Egipto. Para los primeros, el exilio será una circunstancia que les llevará a la conversión; careciendo de seguridades de toda clase, el Señor será su esperanza. Los segundos creerán haber burlado la prueba y seguirán endurecidos en la maldad. Cualquier circunstancia, por dolorosa que sea, que nos vuelva más plenamente al bien, es un don de Dios. Porque el bien es la felicidad del hombre.

Hay situaciones irreversibles que el creyente debe dominar por dentro. No son las circunstancias externas las que hacen al hombre. Es el hombre, vigorizado por el Espíritu del Señor, el que es capaz de dominar toda circunstancia y ennoblecerla. El celo por el cambio externo tiene que ser juicioso; es preciso saber medir las posibilidades de viabilidad, y madurar interiormente la esperanza. Cada cosa pide su tiempo.

Era fácil, para los falsos profetas, aumentar las aspiraciones nacionalistas de Israel, aunque fuese buscando las alianzas con las naciones vecinas y corriendo el riesgo de caer nuevamente en la idolatría. Era duro, para Jeremías, proclamar al pueblo que la libertad mayor de Israel era la libertad de la fe en el Dios único que ninguna fuerza podía maniatar, y que era precisamente apoyados en esta fe que debían madurar activamente la esperanza de la hora favorable para una liberación integral. También a nosotros se nos hace difícil desear y buscar, por encima de todas las cosas, el gozo de creer y amar.

Jeremías tiene que centrar también las esperanzas de los exilados en la realidad. Cuando no es posible alejar la prueba, es necesario hacerse fuerte en ella para que otro día haya la posibilidad real de vencerla. La rebelión fuera de tiempo acaba en ridiculez. El lamento y la profecía halagadora son infantiles. Es preciso trabajar y hacerse fuerte para cuando llegue la hora del nuevo éxodo y de construir la nueva ciudad de Dios. Jeremías quiere guardar limpio y fuerte el resto de Israel. No busquemos falsas seguridades. El Señor es nuestro Dios y nada más.

La impaciencia del joven rey y de los más extremistas lleva a Israel a la segunda deportación. Es el derrumbamiento general. La Palabra de Dios no ha sido escuchada. La ruina exterior es signo de la muerte espiritual a que había llegado Israel. Su vocación y su misión eran ser pueblo de Dios entre los demás pueblos. Había renegado de ella. Ahora, en el silencio y la soledad de la prueba, podrá redescubrir su propia identidad. La realidad del Reino de Dios es mucho mayor que nuestras pequeñas historias.

LUNES XXXI SEMANA

Jr 37,21; 38,14-28

Sedecías reconoce la misión profética de Jeremías. Ha ido a verle en secreto y le concede la libertad vigilada. El, valerosamente, ha confirmado al rey la derrota de Jerusalén. Algún tiempo después, la ciudad es sitiada largamente. El rey vuelve a visitar en secreto a Jeremías, el cual le confirma lo que ya le había dicho. Por miedo a los poderosos enemigos del profeta, el rey no sigue su consejo y Jerusalén es destruida. Por cobardía y mezquindad de espíritu, vamos buscando subterfugios para ahuyentar las exigencias de la Palabra de Dios. Pero, ¿dónde nos conduce la mediocridad?

MARTES XXXI SEMANA

Jr 32,6-10. 26-40

La compra del campo de Anatot, en su dimensión profética, es un mensaje de esperanza para el resto fiel. La heredad del Señor no se perderá definitivamente. El Señor la rescatará de manos extranjeras, y vendrá un tiempo en el que será restaurada la vida de Israel. Ahora Jerusalén sabrá dónde le ha llevado la idolatría y la injusticia. La destrucción será grande. Pero el designio de Dios es más fuerte que el pecado de los hombres. Que nadie piense que será frustrado. El Espíritu del Señor congregará de nuevo al pueblo, le dará un corazón justo y afianzará con él una alianza eterna.

MIÉRCOLES XXXI SEMANA

Jr 30,18—31,9

Este fragmento es un claro anuncio profético de los tiempos mesiánicos, a través, empero, de dar en primer término al pueblo de Israel las esperanzas de un retorno del exilio y de la restauración de Jerusalén. La fidelidad y el amor al Señor, mantenidos plenamente en la prueba, les harán conocer el gozo del retorno y el amor eterno y paternal con que Dios les ama. El pleno cumplimiento de las profecías de Jeremías tendrá lugar cuando Dios plantará su tienda entre las nuestras y, hecho plenamente solidario de nuestra condición humana, nos librará para siempre de nuestros enemigos.

Jeremías no encuentra palabras ni imágenes adecuadas para hacer comprender al pueblo cómo, a pesar de todo, debe confiar en el amor del Señor, y abrir su corazón y su vida a la esperanza. Purificado el corazón en la prueba del exilio, Israel volverá como una virgen que sale al encuentro de su esposo. Que no se haga el remolón ni sea tardío. Que prepare el camino de retorno. El Señor escribirá su ley sobre el corazón de los que le amen y, plenamente fundada en el amor, tendrá lugar una nueva alianza. Nosotros, convertidos en hijos por obra del Espíritu, debemos orar y esforzarnos para vivir, cada día más, de esta profunda comunión con Dios.

El pueblo se dirige a Jeremías para saber cuál es la voluntad de Dios. Pero cuando la saben lo hacen todo al revés e incluso obligan a Jeremías a que les acompañe. A menudo decimos que queremos y buscamos conocer cuál es la voluntad de Dios, con la esperanza de que coincida con la nuestra. Esto no es jugar limpio. La fe y el amor a Dios han de ser incondicionales. Debemos estar dispuestos a fiarnos de Dios y a seguir el camino que nos indique, plenamente abandonados a su amor.

La misión de Ezequiel fue la de mantener viva la llama de la fe y de la esperanza en el corazón de los exiliados a Babilonia. Algunos de ellos estaban en actitud rebelde para con Dios que había permitido su situación; otros se acomodaban a la idolatría y a las costumbres paganas; otros aún creían que el exilio acabaría muy pronto, que Dios no podía permitir la destrucción del templo ni de la ciudad santa. Ezequiel tuvo que hablar contra las aberraciones y contra las falsas seguridades; luego, destruida Jerusalén, tuvo que predicar resurgimiento y esperanza. Este fragmento, tomando elementos de la cultura asiria, describe, siguiendo el género apocalíptico, la carroza en que el Señor se acerca y el trono desde donde habla. Así el libro y la misión del profeta están al servicio de la Palabra con que Dios manifiesta su gloria. La gloria de Dios, nosotros la hemos visto en el Verbo hecho carne.